

## PALABRA DE DIOS, BAUTISMO Y EUCHARISTÍA EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA

«Al exhortar a todos los fieles al anuncio de la Palabra divina, los Padres sinodales han reiterado también la necesidad en nuestro tiempo de un compromiso decidido en la *missio ad gentes*. La Iglesia no puede limitarse en modo alguno a una pastoral de “mantenimiento” para los que ya conocen el Evangelio de Cristo. El impulso misionero es una señal clara de la madurez de una comunidad eclesial. Además, los Padres han manifestado su firme convicción de que la Palabra de Dios es la verdad salvadora que todo hombre necesita en cualquier época. Por eso, el anuncio debe ser explícito. La Iglesia ha de ir hacia todos con la fuerza del Espíritu (cf 1 Cor 2,5), y seguir defendiendo proféticamente el derecho y la libertad de las personas de escuchar la Palabra de Dios, buscando los medios más eficaces para proclamarla, incluso con riesgo de sufrir persecución. La Iglesia se siente obligada con todos a anunciar la Palabra que salva (cf Rom 1,14). (*Verbum Domini*, 95).

En el Antiguo Testamento, la Palabra prepara el evento de la Palabra que se hace carne. La carta a los Hebreos comienza precisamente subrayando este dinamismo extremo de la Palabra: «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha realizado los siglos» (Heb 1,1-2). La Palabra nos convoca y nos reúne como pueblo sacerdotal de Dios, uniéndonos interiormente, liberando nuestra identidad y devolviéndonos la conciencia de la fraternidad universal bajo la mirada de un solo Padre. Es la Palabra que está en el origen de cada relación: «Movido de amor [Dios] habla a los hombres como amigos (cf Éx 33,11; Jn 15,14-15), trata con ellos (cf Bar 3,38), para invitarlos y recibirlos en su compañía» (*Dei Verbum*, 2).

Proclamar el Evangelio en cualquier circunstancia no significa tener coraje, sino tener fe; significa creer que la proclamación franca y constante de la Palabra que salva, sin retroceder frente a las dificultades y fracasos, corresponde a las necesidades más profundas y a las preocupaciones más universales del corazón humano. Muchas veces, la Iglesia, en su liturgia, repite la advertencia de no cansarse en este itinerario de fe. La Palabra de Dios crece y se propaga a través de las persecuciones, en las diásporas, en los rechazos y también en las acogidas inesperadas (cf Is 55,10-11). La fe es la certeza y la convicción de que el Evangelio de Jesús es, para el hombre de todos los tiempos, la Verdad que da la vida e indica el camino para su vida de comunión eterna con Dios (cf Jn 14,6).

«Los primeros cristianos han considerado el anuncio misionero como una necesidad proveniente de la naturaleza misma de la fe: el Dios en que creían era el Dios de todos, el Dios uno y verdadero que se había manifestado en la historia de Israel y, de manera definitiva, en su Hijo, dando así la respuesta que todos los hombres esperan en lo más íntimo de su corazón. Las primeras comunidades cristianas sentían que su fe no pertenecía a una costumbre cultural particular, que es diferente en cada pueblo, sino al ámbito de la verdad que concierne por igual a todos los hombres. [...] En efecto, la novedad del anuncio cristiano es la posibilidad de decir a todos los pueblos: “Él se ha revelado. Él personalmente. Y ahora está abierto el camino hacia Él. La novedad del anuncio cristiano no consiste en un pensamiento sino en un hecho: Él se ha revelado”» (*Verbum Domini*, 92).

Creer en Jesucristo no es una opinión religiosa, o una opción ideológica: es una opción de vida frente a la revelación de la Verdad. La paradoja cristiana de la Cruz de Jesús revela el significado del sufrimiento, inevitable, de la condición humana, abriéndolo a su dimensión más profunda y a la posibilidad de una total entrega de la vida. La fe transmitida (Palabra de Dios y bautismo) es siempre la fe de la Iglesia y en la Iglesia, que da la vida de Dios a través de Cristo y el Espíritu (Verbo encarnado y Eucaristía). La fe es la sustancia de la esperanza en la vida eterna (cf *Spe salvi*, 2-9).

«La fe de la Iglesia es esencialmente fe eucarística y se alimenta de modo particular en la mesa de la Eucaristía. La fe y los sacramentos son dos aspectos complementarios de la vida eclesial. La fe que suscita el anuncio de la Palabra de Dios se alimenta y crece en el encuentro de gracia con el Señor resucitado que se produce en los sacramentos. [...] El sacramento del altar está siempre en el centro de la vida eclesial; “gracias a la Eucaristía, la Iglesia renace siempre de nuevo”. Cuanto más viva es la fe eucarística en el pueblo de Dios, tanto más profunda es su participación en la vida eclesial a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos. La historia misma de la Iglesia es testigo de ello. Toda gran reforma está vinculada de algún modo al redescubrimiento de la fe en la presencia eucarística del Señor en medio de su pueblo» (*Sacramentum caritatis*, 6).

La dinámica de la fe es fascinante: desde el encuentro con Cristo hasta la misión de anunciar a Cristo. Es la alegría de hacer que Cristo sea conocido y amado. La misión es compartir con Cristo su propia obra de evangelización: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20,21). Los sacramentos, especialmente el bautismo y la Eucaristía, son signos efectivos y visibles que realmente comunican la vida de Dios en Cristo y nos involucran en el torbellino de su misión, la pasión por la vida y la salvación de cada hombre. Orar la Palabra de Dios revela el encuentro con este amor y es una experiencia de la presencia del Señor Jesús que mora en nosotros junto con el Padre, en el Espíritu.

Así, la *Lectio divina* se presenta como un camino gradual de conocimiento e interiorización que conduce a la transformación y plenitud de la misión. La lectura orante de las Escrituras, que es la Palabra viva, nos introduce en la conciencia de una presencia, que absorbe el tiempo humano y lo involucra en lo divino. La meditación sigue al estudio atento: así la Palabra se hace experiencia y el paso sucesivo de la oración aparece espontáneamente como un diálogo personal con Dios, como una forma experiencial de conocimiento y amor, hasta la contemplación que expande el corazón en la caridad. La lectura orante de la Palabra está impregnada de la dimensión sacramental del advenimiento cristiano porque el que habla, se comunica

en la carne y en la sangre, comunica la gracia divina y la nueva vida en el agua y el Espíritu. La Palabra de Dios se encuentra, en la historia de hoy, con la carne resucitada del Señor Jesús en los sacramentos de la Iglesia y en el testimonio de fe, esperanza y caridad de los fieles bautizados.

«El Verbo de Dios nos ha comunicado la vida divina que transfigura la faz de la tierra, haciendo nuevas todas las cosas (cf Ap 21,5). Su Palabra no solo nos concierne como *destinatarios* de la revelación divina, sino también como *sus anunciadores*. Él, el enviado del Padre para cumplir su voluntad (cf Jn 5,36-38; 6,38-40; 7,16-18), nos atrae hacia sí y nos hace partícipes de su vida y misión. El Espíritu del Resucitado capacita así nuestra vida para el anuncio eficaz de la Palabra en todo el mundo. [...] Por eso la Iglesia es misionera en su esencia. No podemos guardar para nosotros las palabras de vida eterna que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo: son para todos, para cada hombre. Toda persona de nuestro tiempo, lo sepa o no, necesita este anuncio. [...] Nos corresponde a nosotros la responsabilidad de transmitir lo que, a su vez, hemos recibido por gracia» (*Verbum Domini*, 91).

La misión de Cristo no conoce límites y llega al mundo (cf Mt 28,19). En vista del encuentro con Cristo por el bautismo, el cristiano sabe que Jesús ha entrado en su propia vida, realmente lo transforma (conversión) enviándolo. Gracias al bautismo, la Palabra proclamada y recibida por la fe, nos involucra en el flujo de la revelación de Dios. La vida cristiana es un proceso en progreso, bajo la acción del Espíritu Santo, es un reflejo de Cristo, ante el Padre y ante los hermanos. Es una «vida nueva», una participación bautismal en la Pascua del Señor (cf Rom 6), porque vivimos «según el Espíritu» (Gál 5,25). Es una verdadera victoria sobre el pecado, un proceso de constante conversión en la dura lucha contra el pecado.

Gracias al bautismo, la fe de la Iglesia, libremente aceptada, genera nuevos hijos de Dios, nuevos hermanos y hermanas en la familia de Dios. La pila bautismal genera porque la Iglesia es verdadera madre fértil de la Palabra que salva y por el Espíritu que la hace vivir. La Eucaristía hace que la carne y la sangre de los bautizados sea capaz de generar por su participación en la Pascua de Jesús. La comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo

les hace partícipes de la fuerza unificadora del Padre (el Espíritu Santo) que une a Cristo con su Iglesia. Esta unidad sacramental hace de la Iglesia esposa la verdadera madre de una multitud de creyentes. Desde los primeros tiempos, los cristianos se han sentido implicados en esta realidad misionera de la maternidad de la Iglesia: Jesús se atrevió a comparar a sus apóstoles con una madre que sufre de parto, pero llena de alegría por haber dado la vida (cf Jn 16,21-22). Así, san Pablo, recordando que Jesús mismo «nació de una mujer», dijo: «Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros» (Gál 4,19).

«El bautismo es el sacramento en el cual se funda nuestra fe misma, que nos injerta como miembros vivos en Cristo y en su Iglesia. Junto a la Eucaristía y la confirmación forma la así llamada «Iniciación cristiana», la cual constituye como un único y gran acontecimiento sacramental que nos configura al Señor y hace de nosotros un signo vivo de su presencia y de su amor.

Puede surgir en nosotros una pregunta: ¿es verdaderamente necesario el bautismo para vivir como cristianos y seguir a Jesús? ¿No es en el fondo un simple rito, un acto formal de la Iglesia para dar el nombre al niño o a la niña? Es una pregunta que puede surgir. Y a este punto, es iluminador lo que escribe el apóstol Pablo: “¿Es que no sabéis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva” (Rom 6, 3-4). Por lo tanto, no es una formalidad. Es un acto que toca en profundidad nuestra existencia. Un niño bautizado o un niño no bautizado no es lo mismo. No es lo mismo una persona bautizada o una persona no bautizada. Nosotros, con el bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos» (Papa Francisco, Audiencia general, 8 de enero de 2014).

Todo bautizado dice, con Cristo y en Cristo, «Padre nuestro», porque desde entonces cada uno de nosotros ya forma parte de la única familia humana, la Iglesia. El bautismo nos hace hijos, miembros del pueblo de Dios, discípulos misioneros (cf *Evangelii gaudium*, 120), revelándonos la paternidad de Dios. La misión es la forma de la nueva vida en Cristo como la entrega gratuita de sí mismos a Dios en la vocación específica de cada uno. El bautismo hace al cristiano capaz de la entrega total de sí mismo habilitando su corazón y su carne para el sacrificio eucarístico. El don total de Dios en el cuerpo y la sangre de Jesús nos hace entrar y nos envuelve en su movimiento eterno de amor: es una verdadera comunicación corporal, una participación real de acuerdo con la dinámica del Espíritu Santo. La Eucaristía manifiesta a toda la creación, gracias a la libertad del hombre, el verdadero significado de la misión: la salvación de todos comunicando la vida de Dios con el fin de que todos tengan vida (cf Jn 6 y 10).

«En la Eucaristía se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación (cf Ef 1,10; 3,8-11). En ella, el *Deus Trinitas*, que en sí mismo es amor (cf 1Jn 4,7-8), se une plenamente a nuestra condición humana. En el pan y en el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la cena pascual (cf Lc 22,14-20; 1Cor 11,23-26), nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del sacramento. Dios es comunión perfecta de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ya en la creación, el hombre fue llamado a compartir en cierta medida el aliento vital de Dios (cf Gén 2,7). Pero es en Cristo muerto y resucitado, y en la efusión del Espíritu Santo que se nos da sin medida (cf Jn 3,34), donde nos convertimos en verdaderos partícipes de la intimidad divina» (*Sacramentum caritatis*, 8).

«La misión para la que Jesús vino a nosotros llega a su cumplimiento en el misterio pascual. Desde lo alto de la cruz, donde atrae todo hacia sí (cf Jn 12,32), antes de «entregar el espíritu» dice: «Todo está cumplido» (Jn 19,30). En el misterio de su obediencia hasta la muerte, y una muerte de cruz (cf Flp 2,8), se ha cumplido la nueva y eterna alianza. La libertad de Dios y la libertad del hombre se han encontrado definitivamente en su

carne crucificada, en un pacto indisoluble y válido para siempre. También el pecado del hombre ha sido expiado una vez por todas por el Hijo de Dios (cf Heb 7,27; 1Jn 2,2; 4,10). [...] “En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es el amor en su forma más radical”» (*Sacramentum caritatis*, 9).

Como pan de vida, la Eucaristía establece la ofrenda sacrificial de uno mismo (cf Rom 12,1-2) como una medida de la verdadera caridad y el testimonio del discípulo misionero. El cristiano no da su vida al lado de la de su Maestro, sino que, ofreciéndose a sí mismo en el bautismo, se entrega en el único acto oblativo de Jesús. La Eucaristía revela el verdadero significado de la carne y la sangre de nuestra humanidad. Recibimos un cuerpo de carne y sangre porque al hacer la voluntad de Aquel que nos creó, pudimos darnos y dar fruto (cf Heb 10). Existencialmente el don bautismal y eucarístico de uno mismo tiene lugar en el amor conyugal o en la vocación a la consagración virginal radical. Tanto en el matrimonio como en la virginidad consagrada, el cristiano vive su misión en la entrega gratuita de sí mismo a través de la ofrenda de su cuerpo.

Con la Eucaristía, Jesús nos involucra en su ofrenda al Padre, por nuestro bien, mostrándonos el vínculo de comunión que quiere establecer con nosotros, con su Iglesia que en el sacrificio de la cruz genera como su esposa y su cuerpo. La posibilidad de celebrar la Eucaristía está enraizada en la donación que Cristo hace de sí mismo. De esta manera, experimentamos que Dios verdaderamente «nos amó primero» (1Jn 4,19). En cada celebración eucarística confesamos la primacía del don de Cristo que nos hace ser como su Iglesia. La influencia causal de la Eucaristía en el origen de la Iglesia revela en definitiva la precedencia, no solo en el tiempo, sino también en lo más profundo de nuestro ser cristiano, de que nos haya amado «primero». Él es por toda la eternidad quien nos ama primero, su gracia nos precede en el bautismo inmerecido que nos ha dado y de la Eucaristía que gratuitamente nos ofrece.

«En el sacramento del altar, el Señor viene al encuentro del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (cf Gén 1,27), acompañándole en

su camino. En efecto, en este sacramento el Señor se hace comida para el hombre hambriento de verdad y libertad. Puesto que solo la verdad nos hace auténticamente libres (cf Jn 8,36), Cristo se convierte para nosotros en alimento de la Verdad. [...] En efecto, todo hombre lleva en sí mismo el deseo indeleble de la verdad última y definitiva. Por eso, el Señor Jesús, “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6), se dirige al corazón anhelante del hombre, que se siente peregrino y sediento, al corazón que suspira por la fuente de la vida, al corazón que mendiga la Verdad. En efecto, Jesucristo es la Verdad en Persona, que atrae el mundo hacia sí. [...] En particular, Jesús nos enseña en el sacramento de la Eucaristía la *verdad del amor*, que es la esencia misma de Dios. Esta es la verdad evangélica que interesa a cada hombre y a todo el hombre. Por eso la Iglesia, cuyo centro vital es la Eucaristía, se compromete constantemente a anunciar a todos, “a tiempo y a destiempo” (2Tim 4,2) que Dios es amor. Precisamente porque Cristo se ha hecho por nosotros alimento de la Verdad, la Iglesia se dirige al hombre, invitándolo a acoger libremente el don de Dios» (*Sacramentum caritatis*, 2).

Bautizados  
y enviados

Octubre  
2019